

Artículos clásicos

INTRODUCCION

Domingo Barnés fue sobre todo un educador, profesor de la Escuela Superior de Magisterio, fue nombrado subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública con Marcelino Domingo y continuó en el mismo puesto con Fernando de los Ríos, sucesor en la cartera de Domingo.

Estos años fueron los más estables de la II República y durante ellos la colaboración de Domingo Barnés a la reforma educativa fue sustancial.

Con la salida de Fernando de los Ríos del Ministerio de Instrucción Pública comenzó la inestabilidad, justamente cuando Domingo Barnés fue nombrado ministro de Instrucción Pública. Fueron sólo tres meses en los que Barnés apenas pudo continuar la obra de sus antecesores. Tras él, la reforma iniciada por Domingo se estancó en el bienio cedista.

En el corto artículo que reproducimos, Domingo Barnés nos ofrece unos apuntes sobre el maestro, sobre el difícil problema que se le plantea a todo educador al tener que integrar pasado y porvenir. El maestro «órgano de la tradición», transmisor de la cultura, no puede ofrecer al niño una enseñanza que lo anquilese en viejos dogmatismos. Este equilibrio difícil que haga de la enseñanza un progresivo avance, siempre abierto, es sin duda la piedra de toque de todo profesional de la enseñanza.

EL MAESTRO, ORGANO DE LA CULTURA (1)

Al fetichismo por el edificio escolar y por el material de enseñanza, ha venido sustituyendo en nuestros días la preocupación absorbente por el estudio del niño. Y ha llegado a pensarse que no se puede dar un paso en su educación sin caracterizar todos los rasgos de su individualidad y sin que la escuela se amolde en todo momento a cada peculiar personalidad infantil. Se ha llegado a perder de vista que entre el hombre abstracto y el hombre individual está el hombre tipo, y que es lo típico lo que la psicología puede sorprender y agrupar. Descubrir en un niño un predominio de la imaginación equivale a clasificarlo en el tipo imaginativo. Pudiera decirse que Goethe, en una de sus intuiciones geniales, echó los cimientos de la moderna morfología cuando buscaba con ahínco el promorfo del esqueleto o de la hoja. Del mismo modo hace falta una morfología psíquica que logre fijar los promorfos espirituales bajo la espléndida variedad —apenas bosquejada todavía por los psicólogos— de la flora psíquica.

(1) B.I.L.E., tomo LXVI, 1922, pp. 145 y 146.

Sin embargo, por mucho que avance el estudio del niño, no podrá ofrecernos nunca los últimos y supremos resortes de la educación. Y es que en la obra viva de la educación, el maestro es el factor fundamental. Su inspiración, su habilidad y su tacto han de ir labrando esta obra de arte, informando la materia, reaccionando ante los ideales y procurando siempre aproximarse a ellos y encarnarlos en la realidad. Nada podrá hacer el maestro sin conocer al niño, pero su conocimiento no es sino el punto de partida de su labor. Con sólo este conocimiento, el maestro se encontraría tan inerte como el artista conocedor perfecto del material con que opera, pero falto de entusiasmo, de inspiración y de criterio estético. Señalar esta función dinámica y vital del educador y poner de relieve su importancia es una de las ideas rectoras de nuestro venerado maestro el señor Cossío.

Ahora bien, parece que el maestro tiene que resolver en su empresa una trágica contradicción, que han acusado recientemente dos ilustres escritores. La primera, está señalada por Luis de Zulueta cuando pide «una pedagogía más moderna». ¿Cómo obtenerla si la pedagogía ha de apoyarse en las conquistas de otras ciencias básicas, y toda conquista es ya un alto, el final de un proceso que concluye más que el germen para un brote nuevo? «Llama el vulgo ilustrado ideas nuevas a las que ya empiezan a hacerse viejas; es decir, a las que, después de descargado el navío, pasaron por las aduanas oficiales y entraron plenamente en los bazares públicos del comercio intelectual.» Zulueta, en su sano y generoso optimismo, resuelve la contradicción. Que no repose el maestro en esta pedagogía nueva basada en ideas pseudo-nuevas; que aspire a una siempre más nueva pedagogía, avizorando en el horizonte no sólo las ideas novísimas, sino lo que en el ideario de cada momento está henchido de porvenir, de renovación y de fuerza creadora. Y que no olvide, «que hay otros hombres que, aun sin desdeñar esas ideas ya admitidas, se pasan la vida con los ojos fijos en la línea enigmática en que el mar y el cielo se funden y en que se columbran primero los futuros mensajes espirituales...»

Quizás porque la pedagogía propende a recoger no las semillas, sino el ramaje seco que las ciencias van dejando en su renovación eterna y se complace más en reposar en el pasado que en atalayar, con febril inquietud, el porvenir, a pesar de ser ella, precisamente, la que tiene que alumbrarlo, es por lo que Ortega y Gasset lamentaba, en su último *Espectador*, que los hombres de nuestro gremio «encargados de preparar la vida futura no suelen enterarse de las cosas hasta que son ya pasadas».

Pero lo grave de esta contradicción es que no muere en la pura teoría, en la actitud científica del maestro como cultivador de la doctrina pedagógica, sino que trasciende a la posición práctica y se le plantea al maestro en su actitud ante la infancia como aleccionador de ella. Porque precisamente esas conquistas de la ciencia a que alude Zulueta son las que el maestro enseña al niño, y en esas cosas pasadas, de que habla Ortega y Gasset, tiene que adoctrinarles. ¿Es entonces el maestro el órgano del pasado, el que esclaviza a las jóvenes generaciones, como denunciaba Tolstoy, imponiéndoles el hierro de las generaciones viejas, tiranas del porvenir, secando éste en sus fuentes más puras, en la espontánea originalidad que cada individualidad trae al mundo? En verdad que el maestro se nos ofrece como el órgano de la tradición; pero no se olvide que la tradición, la entrega, la transmisión de la cultura, es una continuidad que no puede interrumpirse. El maestro debe sentirse órgano de la historia, pero ésta se integra con el pasado y el porvenir.

El fuego apagado no se trasmite y para perpetuarse necesita prenderse de continuo.

Lo esencial en la cultura no son sus productos, siempre provisionales, sino su proceso de formación, y el maestro no debe enseñarla, por lo mismo, como una cosa hecha, sino como algo que se hace eternamente, y no debe enseñarla para que se la aprenda, sino para que se aprenda a colaborar en ella. Nada más contradictorio que dogmatismo y educación, porque ésta es una religión que no admite adhesiones pasivas, simples órganos receptores, que, al no fecundarla ni agregarle nada, quedan de hecho excluidos de ella y como en remansos de su corriente. No salva aquí la fe, sino el esfuerzo, y la fe, en el esfuerzo. Por eso, el maestro, órgano de la historia y de la espiritualidad que ha formado la historia, utiliza el esfuerzo acumulado del pasado esencialmente para suscitar los esfuerzos solidarizados que preparen el porvenir.

Si el maestro, al transmitir la cultura, no logra sacudir e interesar los espíritus para asociarlos a ella, la cultura se agota y se disipa entre sus manos.

Hay una pedagogía liberal, que aspira a promover el desarrollo del niño y a suscitar su interés y su esfuerzo, y hay otra que pudiéramos llamar incrustante, porque, como las aguas así denominadas envuelven los objetos en ellos sumergidos, esta pedagogía va incrustando la instrucción en los espíritus, y más que desplegarlos, los sofoca y aprisiona. Y nada más característico para sorprender el sentido íntimo de la orientación pedagógica del maestro que observar su actitud frente al que suele llamarse el niño revoltoso, pero «de buen fondo», es decir, el que no se revuelve contra ninguna ley ni exigencia de la bondad, antes, por el contrario, pudiera decirse que la supera y las desborda por su entusiasmo y efusión cordial y por el valor, la sinceridad y la abnegación que en sus actos pone: se revuelve más bien contra las mallas de una disciplina formalista.

De esa disciplina uniforme protesta su personalidad intensa y acusada, y frente a su rigidez, opone la espontaneidad, que tiende a escapar por todas partes, y frente a su mecanización opone su originalidad y su tendencia al ensayo y a la innovación. Pues bien, para unos maestros este niño sería el rebelde que se escapa de sus manos; para los otros, es un haz de posibilidades y esperanzas.

